

LA ÚLTIMA JAQUECA

Es triste...; se anuncia un acontecimiento que me hace prorrumpir en lágrimas y sollozos : la aparición de una novela de Pérez Galdós. Yo, que no deseo el menor de los daños á mi mayor enemigo, pido á Dios, hace ya tiempo, la muerte de Galdós ; Qué pena tan grande ! Pero el Sr. Pérez Galdós tiene el deber de morir en seguida, aunque sea suicidándose con una limonada purgante de ácido fénico, para que vivan á gusto los *Episodios Nacionales*, *Doña Perfecta*, *Gloria* y *Marianela*... quitando á ésta lo que haya que quitar.

Literariamente, como novelista, Pérez Galdós es un asesinado por Zola. Las últimas novelas del insigne isleño, novelas que tienen todos los defectos y ninguna de las virtudes del *maestro*, son insoportables. Pero hay algo muy grave en esas obras : hipnotizado por Zola, víctima de la incurable dolencia que podría llamarse *obsesión del genio*, Pérez Galdós ha perdido la originalidad de su temperamento y es actualmente un sectario más del autor de los *Rougon*...

Hay algo más grave todavía... En esa inaguantable serie de tipos que hablan el mismo lenguaje rufianesco, Pérez Galdós incurre frecuentemente en plagios de los libros del *genio*; las descripciones están copiadas del natural... de Zola; los caracteres son *de extranjería*. La *Leré*, sin ir más lejos, que allá en su alcoba resulta hembra antes que santa, y á quien atormenta la morbidez de su hermoso seno, *etcétera, etcétera*, es la *Paulina*, virgen, que se contempla mujer antes que mártir, y comprende, en *La Alegría de vivir*, que nació para ser fecundada... ¡Qué diferencia, sin embargo, en el modo de dibujar y sostener los caracteres! Zola, en *La Alegría de vivir*, es, como siempre, *genio*. Galdós, en *Angel Guerra*, apenas se llama *Pérez*...

Consuélese D. Benito: el curita de *Los Pazos de Ulloa* es, al revés, el protagonista de *El Vientre de París*, y así sucesivamente.

Interrogado Zola acerca de los novelistas españoles, contestó que no los conocía. Conoce y admira, según dijo, á *monsieur Oller*; pero Oller es catalán, y de los que van diariamente á esperar en la Rambla « el correo de *España* », que es el de Castilla...

No, no hay novelistas, si se exceptúa al Padre Coloma, cuyas *Pequeñeces*, con procedimientos naturalistas, pero sin plagios, es la mejor novela española.

La Pardo... la señora Pardo Bazán tiene buenas dotes, pero no ha hecho, ni hará probablemente, una novela *cumplida*; Palacio Valdés, que es á mi juicio el más notable de los escritores jóvenes *toda-*

vía, con mucha ternura del corazón y con mucho humorismo del carácter, tiene en sus obras capítulos bellísimos, brillantes, á veces tiernos, con frecuencia chistosos; pero no es aún, á despecho de tan excepcionales condiciones, lo que tiene derecho y obligación de ser como novelista; Pereda, el amanerado Pereda, es, como novelista, insoportable; Alarcón ha muerto, y no haya miedo de que resucite, á pesar de *El sombrero de tres picos*, que es una joya, pero no una novela.

Á los demás novelistas les irán enterrando poco á poco; y á Galdós el primero, porque no muere de muerte natural, sino violentamente y á mano airada de Zola.

Cumpliendo la postrera voluntad de un pensador ilustre, Salmerón echó en la fosa el último libro que había escrito aquel amigo suyo. « Esta — dijo — es la obra que estaba escribiendo... »

Si yo tuviera la autoridad del Sr. Salmerón, y si el Sr. Pérez Galdós estuviera, como debía estar, en el depósito de cadáveres..., enterraría con él su anunciada novela, sin leerla, diciendo á los espectadores: — Esta es la última jaqueca que el Sr. Pérez Galdós pensaba dar á sus lectores...

DEL ARTE DE HACERSE GENIO

Como principio quieren las cosas, también el genio tiene que empezar de algún modo, y empieza generalmente en verso, sonoro y huero, ajustado á la poesía de forma, de puro artificio, no á la verdadera poesía que, según Musset, está en el alma como el ruiseñor en el ramaje... Tirada de versos en uno de los periódicos anodinos, y en seguida un bombo de una de las innumerables clases que se estilan.

Por ejemplo (de puño y letra del genio):

« El joven y ya distinguido poeta don Fulano, autor de la preciosa poesía que publicó ayer *El Cencerro*, ha tenido la inmensa desgracia de perder á su señora madre, doña Josefa, modelo de virtudes y fiel esposa de D. Juan Nepomuceno, *del mismo apellido* del poeta, á quien enviamos nuestro más sentido pésame. »

Cuando el genio se nota *crecido* pone á pienso un crítico cualquiera, un crítico eunuco y convencido de que no puede crear nada. El genio no sabe andar

solo. Orador, novelista, dramaturgo, ó lo que sea, necesita indispensablemente, á guisa de bastón, un crítico para los estrenos. Con él se levanta, con él se pasea y con él se acuesta... Frente á frente se acari-
cian.

— ¡Qué grandilocuente tu artículo de ayer, Rafael!

— ¡No hay crítico como tú, Baltasar!

— ¡Mucho te quiero, Rafael!

— ¡Más yo á ti, querido Baltasar!

Separados, el crítico dice del articulista que es un animal, y el articulista dice del crítico que es un imbécil.

Con diligencia verdaderamente maternal, el genio prepara el *canastillo* de sus obras.

En los días anteriores y posteriores al acto de *dar á luz* no descansa el crítico adjunto en la tarea de colocar sueltos en honor del genio. Se le hinchan los pies, se le revientan los sabañones, se vuelve tonto (es decir, más que es), porque el genio es una especie de buzón sin fondo que traga sin cesar sueltos y artículos. Baltasar hace más: coloca al azar y con astucia una porción de embustes.

« Ese Rafael, ¡qué suerte tiene! Mil dures anti-
cipados le dieron ayer por su libro. »

« ¡Qué suerte tiene Rafael! Moya, Suárez Figue-
roa y Mellado andan por ahí, locos, pidiéndole artí-
culos. »

« ¿No sabéis *lo de anoche*?... Que Rafael fué á *El Imparcial*, y Gasset le rogó que escribiera algo, y Rafael contestó que sí, y Gasset dijo tocando el tim-

bre: — Que se detenga la confección del periódico. El Sr. Rafael va á escribir una cosa. »

No satisfecho con la labor de *su* crítico, que viene á ser una *dame de compagnie*, el genio da á diestro y siniestro sablazos bibliográficos.

¿Sabe que X, por ejemplo, es de Extremadura? Pues le envía de regalo unos chorizos del *cagalar* (que así se llaman), con una carta suplicándole el panegirico correspondiente. Prepara al *crítico* de Covadonga como quien prepara un toro viejo para que no embista, pasándole las manos por el lomo, levantándole el rabo, besándole *alli*...

Asedia á los directores de los periódicos.

— ¿Cuándo va usted á decir algo de mi libro?... Baltasar hará el artículo sin firma, porque ya ha firmado cuatro, si no tiene usted tiempo...

— ¡Que no se olvide usted de mi libro!... Está en el café; ve entrar á un redactor de tijera, macilento, arestinoso, con mataduras de puro flaco (como que ya no sabría llevarse á la boca un pedazo de carne) y le llama cariñosamente:

— ¡Oye, *crítico* incivil! Bebe una copita con nosotros... ¿De qué la quieres?

(El redactor no bebería; se comería un buey ó un genio, pero pide modestamente un cognac... con media tostada).

Ya sabes que he publicado una obra. Es una colección de mis mejores trabajos... Los hay serios, festivos, naturalistas, románticos, para todos los gustos. Pero oye, pide otra tostada. ¿Que no? Vámonos, hombre, ¡si sabremos lo que es hambre! (Al

mozo : — Otra tostada para el caballero). Pues sí, he publicado una obra, y necesito que me la menees un poco...

Otras veces no es un redactor de media tostada, sino un amigo independiente de carácter, un ogro literario.

— Nada me has dicho de mi libro.

— ¡Como que no lo he leído!

— Te recomiendo este artículo (saca el volumen), que es de tu género. Tiene mucha gracia; verás...

(Durante la lectura, el amigo se hace cosquillas en los sobacos y en la barriga, sin conseguir reirse.)

Por encima de los puentes colgantes que tiende de uno á otro periódico, adulando á tal crítico que le inspira recelo, y subvencionando con media tostada á tal otro que se ha puesto en venta, el genio pasa un día, un mes, un año á gatas por las redacciones, con la nariz pegada á los faldones de los directores, y consigue al fin, á fuerza de bombos y vilipendios, sonar como genio... en provincias, porque en Madrid estamos en el secreto.

Recuerdo todavía los disgustos que pasé en la Coruña por convencer á sus buenos vecinos de que no era genio un señor don Héctor que estuvo allí fletando barquitos para telegrafiar á Madrid que salían todos los botes de la bahía á recibirle como si fuera un Nelson. Mucha elocuencia me hicieron gastar aquellas regatas literarias, que tenían algo de sorprendentes.

En Madrid — sépanlo los incautos provincianos —

no hay más que un genio, que vale por dos, como cada mujer chilena : Castelar, genio de la palabra (y también de la pluma), que vivirá como los Mirabeau, Burke, Pitt, *etcétera*; y más que ellos.

Todo lo demás... miseria y compañía.

EL ENTIERRO

Después de copiosa lluvia, el sol iluminó de improviso la carrera mortuoria, y apareció, brillante de luz y de colores, la bajada á la fosa...

Detrás del carro fúnebre, que iba entre flores, coronas y banderas, la carroza del rey; en pos de la carroza real, los carruajes de los ministros; en seguida, rodando aceleradamente, innumerables coches de lujo con toda la grandeza de España; y, por último, un pueblo desidioso que encontraba en el muerto motivo para holgar...

— Mira, un entierro de *algún gordo* — dijo un pobre diablo que corría con la lengua fuera.

Me asomé al balcón de mi casa, que es, por su proximidad á San Isidro, la antesala del cementerio... Miré. El muerto iba bien, entre flores, coronas y banderas, seguido de todas las grandezas de España, iluminado por el sol...

— ¡Qué séquito tan flamante! ¡ Ah, sí, ha muerto el más justo de los hombres, ó el más insigne de los artistas, ó el más grande de los sabios; tal vez el

más bravo y aguerrido de los soldados de la patria!...

— Ha muerto — oí que decían — el general Dabán...

Lo conducía la Guardia civil.

NEUROSIS DE MENTECATOS

Indudablemente es un infierno el mundo de las letras... La fiebre artística, para el que la sienta (como la siente doña Emilia Pardo, según nos cuenta en alguno de sus libros); las dificultades para crear algo que *encaje en las corrientes* del movimiento literario, « en este momento histórico »; las asperezas, nunca dominadas, del idioma en que se escribe; las envidias y rencores de los estimables compañeros... ¡Y luego la lucha para editar el libro, y las bofetadas con el librero que lo toma á ocho reales arroba!... Sí, es un infierno de tremendas injusticias y monstruosas infamias...

Por serlo y para defenderse de él, se habrá formado quizá esa sociedad de bombos mutuos que nos pone en ridículo ante las razas superiores. ¡Todos somos grandes!... ¡Todos eximios!... Todos guapos!...

Si el periódico no saliera de casa, menos mal. Lo peor es que pasa la frontera y ya se enteran en el extranjero de que « pululan » aquí los genios des-

conocidos. De mí sé decir que, por la parte que pueda corresponderme en esta merienda de genios, me siento ruborizado.

Lo cierto es que no se puede con « los chicos de la prensa » y que nos ponemos de bombos que no hay por donde cogernos.

« ...Mi querido amigo y compañero el egregio poeta D. Fulano... » (que ha escrito por junto cuatro necedades líricas).

A lo que contesta el *interesado* :

« ...Mi ilustre amigo el eminente crítico D. Zutano, gloria de España y envidia del extranjero... »

Hay quien se *excede á sí mismo* en el bombito, y hablando de su compadre le llama Shakespeare, ó Hugo... *cualquier cosa*; — ¡y sea usted genio de veras para que lo confundan *así*!

Otros caballeros de la sociedad hacen más que todo eso. Dicen con la mayor frescura que D. Fulano es superior á Balzac, ó á Flaubert; ó que ha *entroncado* con Zola, ó que lo que escribe lo firmaría con honra el mismo Homero. Recuerdo haber leído que el siglo XIX tiene una trinidad en quien creer : ¡Dios, un señor D. Héctor y Víctor Hugo!

Es un consuelo. Porque si nosotros no decimos y creemos tales cosas... ¿quién sería capaz de imaginarlas?

Un Menéndez Pelayo suena de Pascuas á Ramos : un Eduardo Benot, se muere á pedazos en el olvido; un Palacio Valdés, que es uno de los pocos humoristas de España, recaba en el extranjero, por sus maravillosas semblanzas de poetas y oradores, lo

que no consiguió en su patria... Pero nosotros, « los chicos », llamamos diariamente la atención de Madrid y provincias. En algunos pueblos están consternados. Dicen que esta cosecha de talentos es... *el fin* del mundo. Y se comprende; porque si yo digo de usted que es el Napoleón de la novela, y me contesta usted que soy el Livingstone de las frases inexploradas, se conmueve la aldea y se perturban nuestras familias respectivas.

Entre los males innumerables que acarrearán esas y otras hipérboles parecidas, no es el menor que todo el mundo quiera « meterse » y « se meta » á emborrador de papeles públicos. Cualquiera niño se dispara con un artículo en guirigay, esperando fundamentalmente que le llamen « correcto », « clásico », ó le titulen « el moderno manco de Lepanto ».

Otros imbéciles se dedican á oradores perpetuos...

...« El distrito, es claro, quiere hacerme diputado. Pero lo que yo he dicho ya, lo que *yo* digo ahora, lo que yo repetiré una y mil veces en todas las ocasiones, prósperas ó adversas, de mi accidentada vida, es ¡ señores !... »

Y le suelta á usted, en plena cara, un surtidor de saliva. ¡ Porque no es posible hablar tanta tontería sin escupir la lengua !

Unos y otros se escuchan cuando hablan y también cuando escriben. Se aplauden ellos mismos; se rien de sus chistes, y dedicados exclusivamente á ejercer de genios, acaban con sus familias, con sus amigos, con sus conocidos, con todo el mundo, en fin. Al *divisarlos* hay que correr, huir al monte, re-

fugiarse en el primer escondrijo que se encuentra, aunque sea una columna mingitoria.

Los ditirambos de rigor no se paran en literaturas, y alcanzan también al físico de los genios.

— Tu nariz es de crítico...

— Tus ojos expresan cierta melancolía que se refleja en todo lo que escribes...

— Tu sonrisa es volteriana...

(¡ Ay !)

Se imita en todo (menos en ser modesto), á los verdaderos genios. Sé de un ciudadano que toma por lo serio el parecido que, *según le han dicho*, tiene con el autor de Childe Harold, y cojea de lo lindo. Otro « se quiere parecer » á Daudet... en las melenas y en tamaño perro que lleva á todas partes. Madrid resulta una *Corte de los milagros*... literarios.

Es cosa de risa. Pero estos genios á domicilio mueren prematuramente, ¡ como genios !...

Dedicados á esos juegos florales, comiendo cocido y fumando cigarrillos del estanco, esos genios que tienen el deber, según ellos, de vivir al desgaire, revientan á lo mejor. Una mielitis... Una anemia cerebral... Debilidad nerviosa... ¡ Neurosis !

Green que están locos... y se equivocan. *Están mentecatos*. ¡ Es la neurosis de la mentecatez !

Si yo tuviera amigos y mimbres, publicaría una *Correspondencia* al revés para fundar la *Sociedad de palos mutuos*.

« ...Mi querido amigo D. Fulano de Tal, uno de nuestros primeros bárbaros en ripios... »

Á lo que contestaría D. Fulano :

« ...Mi cariñoso amigo D. Luis Bonafoux, esa bestia salvaje de la prosa... »

Y así sucesivamente.

El lector inteligente quitaría de los palos lo que hubiera que quitar. Y el vulgo, la masa de lectores, no se llamaría á engaño, creyendo que todos somos genios.

Creería probablemente que todos juntos no valemos un pito ; y puede que no se equivocara...